

Ver
pag 4

ESFERA ARMILAR DE NERUDA

La usa de logotipo en las cubiertas de sus libros. La tiene en la cumbre^{ra} de su casa de Isla Negra, en cuyos alrededores, me dice una última visitante, se han escrito sus versos en las rocas que bordea el mar, pero no los borra, como si hubiera leído "LAS PIEDRAS DEL CIELO":

Ah ese destino
de la perpetuidad oscurecida,
del propio ser-granito sin estatua,
materia pura, irreductible, fría:
piedra fui: piedra oscura
y fué violenta la separación,
una herida en mi ajeno nacimiento:
quiero volver a aquella certidumbre,
al descanso central, a la matriz de la piedra materna
de donde no sé cómo ni sé cuándo me desprendieron
para disgregarme en la arena

Yo, a veces, después de unos tragos de chicha de Quilicura me permitía corregirle sus versos y él sonreía. Así de "Enfermo en Veracruz" cuando exclama: "Océano, tráeme un día del sur agarrado a tus olas", le decía, Pablo, no encuentro marinero ese agarrado, debieras decir "amarrado"; pero después pensaba en el ojo del águila marina o en esos que le vio un poeta inglés que vino hacerle una entrevista después que la Universidad de Oxford le otorgó el título que se dio por primera vez a un sudamericano, doctor "Honoris Causa" en Filosofía y Letras. Le halló ojos de octópodo, un pulpo escarlata que se desprende del mar y posa sus tentáculos en caracolas marinas o mascarones de proa donde hay inscripciones de La Ballena Blanca de Melville como esas "Grandes elecciones para la presidencia de Estados Unidos". VIAJE COMO BALLENERO DE UN TAL ISHMAEL - SANGRIENTAS BATALLAS EN AFGANISTAN en la página 43 de "MOBY DICK". Julio C. Acerete -1967- Traducción. Editorial BRUGUERA, S.A. Barcelona (España).

Recuerdo el día en que lo depositamos en su tumba de piedra en septiembre de 1973. Tumba de piedra prestada. Poco tiempo después concurriríamos con Matilde, Ester Matte, Teruca Hamel y Manuel Solimano para cambiarlo de tumba, como el conde de Orgaz del Greco, de donde lo echaron, y entonces lo sepultamos por segunda vez en el cielo del pueblo donde está Victor Jara, el Lautaro de las manos cortadas, y José Manuel Parada, Santiago Nattino y Manuel Guerrero degollados en el camino de Quilicura, donde florecen las palabras del hijo de María y Roberto:

TU VENCERAS

Tu vencerás
no hay duda,
porque las soledades
no consiguieron nunca
sacarte de ti mismo
ni hacerte renegar
de tu figura humana

Tu vencerás,
incluso
porque cuando arrasaron
con tu vida
naciste entre cenizas,
y renaciste entero,
camarada.

Aquel día de fines de septiembre, sin que nadie me lo propusiera ni me llamara, a título personal de mis nervios, irrumpí entre los oradores contrariando el propio consejo que me diera Pablo una vez "la espontaneidad es producto de grandes reflexiones".

El sol salía y se ocultaba como una hostia de pan ázimo en el ángulo que formaba en su azimut como buscando la vertical para encontrar un buque náufrago errante con la quilla al sol en la corriente humana del cortejo fúnebre donde se había cantado la Internacional decorándola con claveles blancos y rojos. Recuerdo a mi estribor los resplandores de los lentes de Radomiro Tomic, la altura de Chela Alvarez leyendo un poema. No supe lo que dije bajo los altos cipreses del llanto.

El inquieto fantasma entre la muerte y la vida me llevó a galopar en los coironales de la Patagonia infinita. Y le dije: Camarada Pablo, algún día galoparemos de nuevo juntos por nuevas "Patagonias":

Aquí, cumbres de sombra
ventisqueros,
y el infinito orgullo
que hace resplandecer
las soledades,
aquí, en alguna cita
con raíces
o solo con el ímpetu del viento,
debo haber nacido.

Es la segunda estrofa del poema que un día me regaló con el libro en donde salió editada por primera vez, dándomelo con la mano a manera de un jinete que se desprende de algo al paso de su caballo: "Ahí tienes tu Patagonia"-me dijo.

Sí, es cierto, es la Patagonia de mi juventud lejana:

Tengo que ver, tengo deberes puros
con esta claridad enmarañada
y me pesa el espacio en el pasado
como si mi pequeña historia humana
se hubiera escrito a golpes en la nieve
y ahora yo descubriera
mi propio nombre, mi estupor silvestre,
la volcánica estatua de la vida.

II

LA PATRIA se descubre
pétalo a pétalo
bajo los harapos
porque de tanta soledad el hombre
no extrajo flor, ni anillo, ni sombrero:
no encontró en estos páramos
sino la lengua
de los ventisqueros,
los dientes de la nieve,
la rama turbulenta
de los ríos.
Pero a mi me sosiegan
estos montes,
la paz hurafia,
el cuerpo de la luna
repartido
como un espejo roto.

Desde arriba acaricio
mi propia piel, mis ojos,
mi tristeza,

y en mi propia extensión veo la sombra:
 mi propia Patagonia:
 pertenezco a los ásperos conflictos
 de alguna inmensa estrella
 que cayó derrotándome
 y sólo soy una raíz herida
 del torpe territorio:
 me quemó la ciclónea nieve,
 las astillas del hielo,
 la insistencia del viento,
 la crueldad clara, la noche pura y dura
 como una espina.

Pido
 a la tierra, al destino,
 este silencio
 que me pertenece.

a

En una ocasión le dije que iba a escribir una novela con el título de "La Patagonia Galopa". Que poco original eres -me replicó-. Ya tienes "La Tierra del Fuego se Apaga". Me había soportado su lectura cuando la escribí, sentado en su sillón con las piernas horizontales afectado por una flebitis. Al término de los tres actos me dijo "es un dramón". Y así fue estrenada. Una película hecha en Argentina mejoró al dramón. Dáme tú un nombre entonces! -le dije.

-Galope en la Patagonia- me respondió.

Tal vez por eso el día de su funeral le hablé de una Patagonia que reluce como una potranca alazana cuando llega el septiembre de los deshielos magallánicos. Así galoparían los dinosaurios de la edad secundaria de la Tierra: el "Onchippidium Saldiasi". Antepasado terciario del caballo que después introducirían los españoles. Se encontraron hasta los cascos en la Cueva del Milodón en el seno de Última Esperanza. Una de sus patas sostenía aún la última falange con el cartílago y una corona de pelo doradillo en su nacimiento, atestiguando su último galope por la Patagonia del Terciario. A Lehmann-Nitsche y Santiago Roth, que estudiaron y clasificaron los hallazgos de Hauthal, no les cupo duda de que se trataba de un remoto antepasado patagónico de los que casi arrollaron al sacerdote jesuita Tomás Falkner cuando pasó por la Patagonia en 1774. Era tal su abundancia-relata- que a duras penas pudimos librarnos con los cuatro indios patagones que me acompañaban. "Los naturales obtenían caballos en las llanuras de Buenos Aires -dice Dionisio Schoo Lastra en "El Indio del Desierto"-". El poder del animal gobernado con un simple movimiento de dedos en la rienda, su ímpetu lanzado con una breve inclinación del busto y una presión de talones sumultánea, hicieron que sobre su lomo, más alto, se sintiera dueño del territorio y de cuánto había en él, sujeto desde entonces a la voluntad soberana. Habiúose a concebir y ejecutar sin dilación, con ese proverbio de que si uno no realiza una idea que surge en un minuto, a los cinco minutos la ejecuta otro. El indio fué así atrevido y resuelto.

"El caballo a su servicio aumentó considerablemente su capacidad guerrera en las luchas intestinas y luego, cuando unidos con los hermanos de raza, se opuso durante el resto de su existencia a los cristianos que avanzaban en sus tierras.

"Tomás Falkner y sus cuatro tehuelches se libraron de ser arrollados y despedazados por los miles y miles de potros, yeguas, potrancas y potrillos salvajes llamados genericamente baguales, que cruzaron junto a él sin interrumpirse, durante dos o tres horas. El mismo sacerdote hace notar que otra vez pasó por la misma región sin encontrar uno solo".

Es como para escribir un cuento con "Los caballos fantasmas de la Patagonia".

Recientemente, en la revista "Análisis", leí una entrevista al pintor Nemesio Antúnez, donde la esfera armilar de Neruda es un girasol para las artes plásticas: "Haríamos una actividad inmensa no sólo en Santiago. Esculturas en Cabo de Hornos... Pintaría los bosques petrificados del sur, la pesca, los lagos, las nubes inmensas, rápidas, negras, de Magallanes. ¿Te imaginas lo que sería Chile si Neruda no hubiera existido o hubiera nacido en Paraguay? Su poesía cambió la percepción de la geografía porque el sur era "un caballo hundido en el mar".

Me aprovecho de este recuerdo del arquitecto Antúnez para remontar como un bagual en las estriberas del poeta y del pintor, como en la cancha de Guaquenquen-Aike, detrás de las Torres del Paine. En efecto, la arquitectura de esos ventisqueros bajo la sombra de las nubes negras y blancas pasando como yeguas salvajes de uno a otro confín arreadas por el viento del oeste, son las que inspiraron la eufonía tendida de esas palabras tehuelches:

Guaquenquen-Aike, en el idioma aborigen quería decir "lugar donde corren los caballos". La Patagonia, una pampa para correr caballos hasta la esquina de la corriente de Humboldt en las Islas Galápagos.

Pero Pablo tenía intuiciones marineras tan profundas como las elevadas arquitecturas de Nemesio, el hijo mitológico de Némesis, diosa de la venganza, hija de Jupiter y de la Necesidad, o del Océano y de la Noche.

Un hombre ignorante y necesitado no es libre, y tuve que recurrir a mi Enciclopedia para encontrar NEMESIAS: Fiestas de la antigua Grecia en honor de Némesis, diosa de la justicia distributiva.

Como un neuróptero, vuela el recorte de un diario del tomo sexto de la Sopena: "Orcas asesinas vuelven a provocar pánico en Arica". Litoral Norte, a bordo de la patrullera "Antuco" (Por Juan Carlos Poli, fotos de Keko Acevedo, enviados especiales. "La Tercera participa en cacería). Pánico y desesperación entre un grupo de pescadores artesanales provocó al mediodía de ayer la presencia de 4 gigantescas orcas, asesinos cetáceos que prácticamente ingresaron al puerto ariqueño, permaneciendo al acecho a menos de una milla de la costa.

"La situación que se repite después de cuatro días, alertó nuevamente a la Gobernación Marítima, la que dispuso la inmediata salida al sector de dos patrulleras rápidas de alta mar, premunidas del armamento correspondiente".

La fotografía que ilustra la página de crónica del sábado 27 de julio de 1985 muestra el espadón sobre el lomo azul plumizo del bello animal que hambriento busca su comida. Me recuerda a Darwin cuando dijo "pero el hombre es algo más que un animal".

Nemesio dice: "Mostraría el uso del mar en Chile. Después, las minas donde está el lapislázuli, la malaquita, todo ese Chile subterráneo".

Pablo escribe en "VAMONOS AL PARAGUAY": Vivo detrás de Notre Dame, junto al Sena. Las barcas areneras, los remolcadores, los convoyes cargados, pasan lentos como cetáceos fluviales, frente a mi ventana.

La Catedral es una barca más grande que eleva como un mástil su flecha de piedra bordada. Y en las mañanas me asomo a ver si aún está, junto al río, la nave catedralicia, si sus marineros tallados en el antiguo granito, no han dado la orden, cuando las tinieblas cubren al mundo, de zarpar, de irse navegando a través de los mares.

Yo quiero que me lleve. Me gustaría entrar por el río Amazonas en esta embarcación gigante, vagar por los estuarios, indagar los afluentes, y quedarme de pronto en cualquier punto de la América amada hasta que las lianas salvajes hagan un nuevo manto verde sobre la vieja catedral y los pájaros azules le den un nuevo brillo de vitrales...

Me permito, cual un aprendiz de timonel, resumir los lugares donde Pablo quisiera detener esa nave salida del Sena con destino al Paraguay:

Dejarla anclada cerca de Antofagasta, cerca de las islas del guano, en que el estiércol de los cormoranes ha blanqueado las cimas: como la nieve dejó desnudas las figuras de proa de la nave gótica. A caballo, silbando, hacia Puerto Natales, en la Patagonia. A mi lado izquierdo pasa un río de ovejas, hectáreas de lana rolliza que avanza lentamente hacia la muerte, a mi derecha, palos quemados, pradera, olor a hierba libre.

Venezuela me llama, Venezuela es una llama, Venezuela está ardiendo. Yo no veo las tinieblas de este gran otoño. Yo no veo las hojas enrojecidas. Detrás de París, como un fanal de faro, de luz multiplicada, arde Venezuela.

Quiero entrar en esa tela del mercado de México, del mercado sin nombre, del mercado número mil. Que cada verso tenga un peso textil, defienda las caderas de la madre, cubra la crin del agrarista.

Yo no conozco el Paraguay. Así como hay hombres que se estremecen de delicia al pensar que no han leído cierto libro de Dumas o de Kafka o de Balzac o Laforgue, porque saben que algún día lo tendrán en sus manos, abrirán una a una sus páginas y de ellas saldrá la frescura o la fatiga, la tristeza o la dulzura que buscaban, así yo pienso con delicia que no conozco el Paraguay, un recinto profundo, una cúpula incomparable, una nueva sumersión en lo humano.

Cuando el Paraguay sea libre, cuando nuestra América sea libre, cuando sus pueblos se hablen y se den la mano a través de los muros de aire que ahora nos encierran, entonces, vámonos al Paraguay. Allí las prisiones han trepido con el martirio. Hay allí una escuela de heroísmo y una tierra regada con sangre áspera. Yo quiero tocar esos muros en los que tal vez mi hermano escribió mi nombre y quiero leer allí por primera vez, con primeros ojos, mi nombre, y aprenderlo de nuevo, porque aquellos que me llamaron entonces, me llamaron en vano y no pude acudir.

Soy rico de patria, de tierra, de gentes que amo y que me aman. No soy un patriota desdichado; mi bandera me envía besos de estrella cada

día. No soy desterrado porque soy tierra, parte de mi propia tierra, indivisible, espacioso. Cuando cierro los ojos, para que por dentro de mí pase como un río la circulación del sueño, pasan bosques y trenes, desiertos, camaradas, aldeas. Pasa América. Pasa dentro de mí como si yo pasara un túnel, o como si este río de mundos y de cosas adelgazara su caudal y de pronto todas sus aguas entraran en mi corazón.

Quien escuchó tu mar no tiene otro mar, quien nació junto a tus ríos irá con ellos naciendo cada día, quien creció con las araucarias de Lonquimay tiene un deber impuesto, cantará en la tempestad.

Aquí finalizo los fragmentos nerudianos en este epígrafe de su esfera armilar.

Sin embargo, después de su último viaje por la corriente de Humboldt, donde dice que nos esperaba en su Arca para salvarnos, "Geografía de Pablo Neruda"- , tuve un sueño nerudiano: Ibamos por la altura de un camino curvo a orillas de la gran corriente. El mar golpea en lo profundo del cantil. Estrecha huella polvorienta. Cuidado HERMANO, le digo, yo soy incapaz de pasar por eso, siento vértigo. Se va solo caminando al borde del abismo y desaparece su serena sombra violeta, entre dos crestas de olas verdes, que le tienden burbujeantes escaleras catedra-
licias para proseguir su largo viaje. Y despierto. *Entre las*

Francisco Coloane

Francisco Coloane

Septiembre de 1986

*"leerles de los planetas que rodaron
ardiendo en el océano"*